

“Particulares materias que contenten a unos  
y enojen a otros”:  
las *Cartas de relación* de Cortés revisitadas  
por Gonzalo Fernández de Oviedo

BERNARD LAVALLÉ

GONZALO FERNÁNDEZ DE Oviedo empezó a publicar en 1535 su monumental *Historia general y natural de las Indias* y aún le dedicó años de trabajo, hasta finales de la década siguiente, cuando añadió elementos referentes a la Nueva España. La imaginó y quiso que fuera una suma de los conocimientos reunidos durante el primer medio siglo de aquel Nuevo Mundo recién descubierto, de límites cada vez más lejanos y de realidades siempre más complejas y variadas, como iban demostrando las sucesivas conquistas españolas que no parecían entonces tener fin.

Para esto, Oviedo contó con diversos instrumentos y fuentes. En primer lugar, sus reiteradas y prolongadas estancias en América:

- Llegó a las costas hoy colombianas a mediados de 1514, en la entonces llamada *Castilla de Oro*, con la gran flota que traía al nuevo gobernador Pedrarias Dávila a tierra firme. En los comienzos estuvo muy cerca de éste, desempeñando para la Corona la estratégica y de mucha confianza función de inspector (*veedor*, como en aquella época se decía) de las minas y de la fundición del oro.
- Después de volver a España, regresó a América en los primeros años de la década de 1520. Mientras Pedrarias asentaba la capital regional en la recién fundada Panamá a orillas del Pacífico, le nombró su teniente para la que hasta entonces había sido la sede de la gobernación, la ‘ciudad’ de Santa María la Antigua.
- Más adelante, después de otro viaje a la Península, en un contexto muy complicado, Oviedo desempeñó sus actividades de

funcionario en Nicaragua de cuya conquista se esperaban entonces resultados comparables con los de la Nueva España.

- En la década siguiente estuvo en la isla de Santo Domingo, donde asumió en 1533 el cargo de alcaide de la fortaleza de la capital insular, lo que le puso en contacto con los inicios ya lejanos de la colonización en la isla o, mejor dicho, con la memoria que de ellos se conservaba.
- En 1532 Oviedo fue nombrado *Cronista oficial de Indias*, función para cuya realización, según escribe en el proemio del libro XIV de la segunda parte de su *Historia*, “[tiene] cédulas reales para que los gobernadores [le] envíen relación de lo que tocara a la historia en sus gobernaciones”.

Para el caso de la Nueva España, Fernández de Oviedo se encontró en una situación bastante diferente desde varios puntos de vista. Escribió sobre la conquista de esa región casi treinta años después de los hechos, pues al finalizar la parte que le corresponde (cap. LV) dice: “Yo me hallo ya en España en este año de mil quinientos cuarenta y ocho”. Por otra parte, a pesar de sus largas y variadas andanzas americanas, nunca estuvo en esa parte del continente. En fin, según precisa en el mismo proemio de los capítulos que le dedica, Cortés no se tomó siquiera la molestia de contestarle como debiera: “Escribí y avisé al marqués del Valle, don Hernando Cortés, para que me enviase la suya [su relación] conforme a lo que sucesivamente mandaba, y remitióme a unas cartas misivas que le escribió a Su Majestad de lo sucedido en aquella conquista y no curó de más”. Y a continuación precisa: “Y de éstas [cartas] y de lo que me informaron, de todo haré memoria en este libro”.

Fernández de Oviedo afirma que el propio relato del Conquistador (sus *Cartas*) le va a servir de base informativa, sin descartar informaciones procedentes de otras fuentes (“lo que me informaron”), pero es de notar que aparentemente estas últimas no van entremezcladas con el testimonio del Conquistador. En efecto, al final de los capítulos que Fernández de Oviedo consagra a su historia de la conquista de Cortés, añade, por separado, otros en los que proporciona al lector textos de varios protagonistas de esa historia: cartas a

Cortés de Pedro de Alvarado y Diego de Godoy (cap. XLII-XLIV), “otra información que de algunos caballeros y milites que se hallaron en la conquista de Nueva España se ha sabido por diligencia del cronista” (cap. XLV), “diversas cosas de la Nueva España que el cronista escribe por información del reverendo padre vicario fray Diego de Loaysa de la sagrada orden de Predicadores” (cap. XLIX), copia de una carta del virrey Antonio de Mendoza a su hermano don Diego entonces embajador en Venecia (cap. L).

Como se ve, si bien el cronista afirma seguir a Cortés, aparece una especie de tensión entre lo que dice éste en su segunda, tercera y cuarta *Cartas*, y la versión que finalmente Fernández de Oviedo había de dar a la imprenta. En uno de los capítulos finales (XLVII, p. 223-224) de esa parte de su obra, el cronista plantea claramente el problema. Escribe: “Otras veces tengo dicho que en las relaciones hechas por el gobernador Hernando Cortés, quedan más ordenadamente expresadas muchas cosas”, pero considerando que hubo “otras muchas” de las que no habló el Conquistador, precisa que terminará “esta relación” con lo que “el cronista [esto es él] acumuló y entendió de personas fidedignas que se hallaron presentes en esta conquista”. Y precisa:

No le parezca al que lee que es contradecirse lo uno a lo otro, porque los hombres así como son de diversos juicios y condiciones, así miran y entienden las cosas diferenciadamente y las cuentan [...]. Así, con estas condiciones, habéis, lector, de pensar lo que está dicho, y además se dirá de esta conquista, habiendo por máxima que yo me he informado de personas que merecen ser creídos y que en todo se hallaron.

Este problema era sin duda para Fernández de Oviedo una preocupación mayor. Lo prueba el que desde la primera línea de su proemio, a más del medio centenar de capítulos que iba a dedicar a la Conquista de la Nueva España, en la mejor vena de la literatura proemial de su tiempo, dejaba bien claro lo siguiente:

Yo sé cierto que digo verdad en lo que escribo y confieso que en las cosas en que no he sido presente, podrían haberme engañado los que me

dieron relación de ellas. Y sé que en estas historias se hallarán particulares materias que contenten a unos y enojen a otros, y para que yo quede sin cargo, y se deba creer que interés ni pasión no movió mi pluma a hablar en perjuicio de nadie, hase de acordar el que lee (si mis palabras no le satisfacen) que es general delito reprender los hombres unos a otros.

En las últimas décadas, varios estudios se han dedicado al análisis del concepto que tenía Oviedo del trabajo histórico y de la escritura de su obra. Lo han hecho en una perspectiva esencialmente teórica que ha renovado bastante el conocimiento que se tenía hasta entonces. Este trabajo no pretende ofrecer una reflexión más sobre los presupuestos y los conceptos que guiaron la mano de Fernández de Oviedo a la hora de idear y escribir, a su vez, la historia de la conquista de la Nueva España, sino, con base en un análisis textual comparativo, mostrar cómo el Cronista supo compaginar varias exigencias –o tensiones– entre tres realidades y cometidos:

- El hecho de tener que reconstruir un proceso en el que no había participado ni del que siquiera había sido testigo presencial,
- su trabajo literario a partir de una fuente principal de todos conocida donde tuvo que elegir y cortar, y que, según los casos, transcribió sencillamente, parafraseó, glosó, a veces reorganizó y quizás transformó,
- en fin, su conciencia de que estaba escribiendo una obra propia –que abarcaba mucho más allá de la conquista novohispana–, su voluntad manifiesta de no desaparecer de su relato, sino más bien de estar siempre presente en él, de manera evidente o subliminal. Asumía así en su texto, a pesar de todo, una especie de protagonismo intelectual, de magisterio de hecho, entre regulador y reflexivo sobre asuntos, realidades y acontecimientos que, en esa primera mitad del siglo XVI, él sabía muy sensibles y, en el fondo, políticos. Otorgaba así a esa palabra su sentido más elevado en un ambiente de controversias como era el contexto español de su época y de cara al futuro.

## Entre la fidelidad de copista y el ansia de un protagonismo de autor

En el texto que constituye su *Historia*, Fernández de Oviedo se cuida mucho de hacer referencia constante a Cortés, su fuente declarada. Éste es el eje y la materia de los capítulos relativos a la conquista de Nueva España. Cortés es el que hace, dice y ve, pues el cronista describe a partir del testimonio del Conquistador que las más veces copia en largos párrafos o resume de manera fiel.

Sin embargo, se nota fácilmente que el que redacta la *Historia general* no puede (ni sin duda quiere) desaparecer. Para decirlo de alguna manera, se inmiscuye en el relato. Así, ya desde el capítulo I (p. 10) cuando alude a “dos ruedas grandes una de oro y otra de plata a manera de planchas y labradas de medio relieve” que Cortés mandó a Carlos V con sus procuradores Francisco de Montejo y Alonso Fernández Portocarrero a finales de 1519, Oviedo da toda una serie de detalles sobre su peso, anchura, circunferencia, y precisa: “las cuales yo vi en Sevilla en la Casa de la Contratación de las Indias con otras muchas joyas de oro y plata y muy hermosos penachos de plumas muy extremados, que todo era mucho de ver”.

Mucho más tarde, cuando relate de manera también detallada lo de la media culebrina de oro y plata mandada al soberano por Cortés, Fernández de Oviedo añadirá: “Esta pieza vi yo dentro del palacio de Su Católica Majestad el año de mil quinientos veinte y cinco cuando aqueste caballero Diego de Soto la llevó con más de sesenta mil pesos de oro de las rentas de Su Majestad” (cap. XLI, p. 191)

En otros casos Oviedo da su parecer, comenta e, incluso, a veces discrepa en puntos de mayor o menor importancia. Algunos ejemplos: en los capítulos iniciales, cuando Cortés ha emprendido su jornada hacia Tenochtitlan, (cap. IV, p. 25), en su *Carta* habla de la ciudad de Churultecal, la primera que encuentran los españoles, y manifiesta su admiración, misma que Fernández de Oviedo expresa fielmente: “Decía Hernando Cortés en sus cartas que es aquella ciudad por de fuera más hermosa que todas las de España porque es muy torreada y llana”. Pero inmediatamente el cronista rectifica o

matiza: “Pero yo diría que la ciudad que ha de parecer bien desde fuera no ha de ser llana sino encumbrada y asentada en ladera”. A colación cita en España los casos de Granada, Toledo, Cuenca y otras, añadiendo: “las que están en llano se han de mirar no de fuera, como Cortés dice, sino desde alguna torre alta para que bien parezcan”, y da los casos de Gante, Milán o Sevilla.

Dicha observación, finalmente de muy escasa importancia en el relato que más bien interrumpe, sirve sin embargo al cronista para dejar claro –y puntualizar– que sobre ese tema él es quien lleva toda la razón en contra de lo que afirma Cortés. Saca del propio texto de éste la razón de lo que afirma: “de manera que él [Cortés] confiesa lo que he dicho, y en la hermosura que dice, se ha de ver como yo digo”. Para mostrar bien que hasta allí eran comentarios suyos (y como en adelante siempre lo hará en semejantes circunstancias) antes de volver al testimonio de Cortés indica: “Tornando a nuestra historia...”.

Otro ejemplo de lo mismo se puede ver unas cuantas páginas más adelante (cap. V, p. 27) cuando Fernández de Oviedo relata la expedición de un grupo de soldados hacia la cumbre del Popocatepetl. El hecho de que los exploradores regresaran con carámbanos y hielo llevaba a Cortés en su *Carta* a una serie de reflexiones sobre la latitud de la zona, idéntica a la de Santo Domingo. Fernández de Oviedo no puede entonces sino intervenir rectificando: “a mi parecer, Cortés y sus pilotos se engañaban en esta medida o graduación”. Cita a continuación la fuente en la que él se apoya para tal aseveración (Sebastián Ramírez de Fuenleal) y, para no parecer demasiado intrusivo en el testimonio de Cortés, pero sin dejar de defender su posición, concluye: “por no interrumpir la materia, diré en adelante a la letra lo que del asiento de México el prelado que he dicho alcanzó. Y volvamos a nuestra historia”.

Este tipo de observaciones/rectificaciones no escasean en la *Historia* de Oviedo en la medida en que, como bien se sabe, él se consideraba (y era sin duda alguna) el primer gran naturalista y cosmógrafo (para emplear un término de la época) del Nuevo Mundo. Así, discute la situación exacta del puerto de Coliman que, según piensa y afirma, no estaría en 14 grados de latitud norte, como se solía decir, sino que más bien se situaba “en [su] opinión” en 16 grados (cap. XXXVI, p. 173).

En otro lugar, Oviedo critica directa y detalladamente a Cortés, a propósito de la realidad del tan soñado y ansiado por el Conquistador “paso del noroeste”, que permitiese alcanzar la Mar del Sur y sobre todo acortar muchísimo el viaje a las entonces muy cotizadas islas de las especias (las Molucas) en el lejano sudeste asiático. El Cronista no vacila en escribir:

Yo le tengo a Hernando Cortés por mejor capitán y más diestro en las cosas de la guerra, de que hemos tratado, que no por experto cosmógrafo el que tal le dijo [...] A este propósito dice otras cosas en que la verdad parece que el que se las dio a entender se engañó, porque ni los unos ni los otros podían hallar el dicho estrecho que pensaban hallar. (cap. XLI, p. 189)

Sin embargo, un poco antes Oviedo había reconocido que, por la novedad, Cortés no había podido dar cuenta con exactitud de todas las cosas de la Nueva España. En el momento en que el Cronista insistía sobre el hecho de que los indios eran “gente muy inclinada a la labor del campo”, reconoce en favor del Conquistador: “E aunque Cortés en su relación no lo dice, porque tampoco en esa sazón no lo podía él haber comprendido”.

Pero a continuación, Oviedo rectifica, o precisa: “pues cuadra aquí la materia, digo que todo lo que se quiere sembrar en aquella tierra, se hace muy bien” y da el ejemplo del trigo que “después que se han dado a sembrar, se ha hecho y hay tanto [...] que la campiña de Córdoba ni la fertilidad de la isla de Sicilia no se le igualan”, de la “innumerable grana” (cap. XL, p. 186).

Dado su excelente conocimiento de las realidades de la naturaleza americana y consciente de la necesaria pedagogía con que la tenía que presentar al lector peninsular (preocupación totalmente ajena a la redacción de las *Cartas*), en no pocos casos Oviedo completa o explicita el texto cortesiano. Así, cuando habla de la provincia de Malinaltebeque (cap. VII, p. 38), relata que los indios ofrecieron al Conquistador 1500 gallinas, pero al momento precisa: “o mejor diciendo pavos, que en el sabor son mejores y mayores que los pavos de España”.

Cuando el Conquistador cita en su *Carta* una serie de aves que se venden en los mercados mexicanos, habla otra vez de gallinas (p. 238), y precisa Oviedo: “gallinas de las grandes como pavos, como se dijo en el libro XIV cap. 17, los cuales los cristianos llaman pavos de la papada”. En la misma página, Cortés alude a “perros pequeños que crían para comer, castrados”, lo que Oviedo traduce con una precisión que no está en el texto cortesiano “perros castrados, que no ladran”.

Cuando, asimismo, el Conquistador habla de *tagarninas*, la *Historia general y natural* (el segundo adjetivo es importante), explica: “esto es una hierba conocida y nota en Córdoba y en Andalucía y buena para comer y es como espárragos o cardillo”. Para las ciruelas, Cortés escribe escuetamente “que son semejantes a las de España”, mientras que Oviedo matiza afirmando “que son semejantes algo a las de España” y alarga la lista de frutas citando también “guayabos muy buenos”. A continuación, indicando que dicho mercado se llamaba en la lengua indígena tiánguez (cosa que no hace Cortés pero que a Oviedo sin duda le parecería necesaria y literariamente útil por su valor exótico) cuando la *Carta de relación* indica “maíz en grano y en pan”, Oviedo precisa “maíz en grano y en pan cocido”.

A propósito de la evocación, más que la descripción de la naturaleza encontrada al inicio de la jornada cortesiana, es notable un detalle: cuando abandonó Cempoala, Cortés insistió en las grandes dificultades de los tres días seguidos de caminata (“entre despoblados y tierra inhabitable a causa de la esterilidad y falta de agua y muy gran frialdad”, p. 170) hecha aún más penosa por una tempestad (turbión), con consecuencia de sed, hambre y muchas muertes entre los indios de la hueste venidos del Caribe “que iban mal arropados”.

Ahora bien, para esta parte del camino Oviedo habla por supuesto “de camino despoblado, de subida muy áspera, de mucho trabajo”, pero también –cosa que no aparece en la *Carta de relación*– de “árboles salvajes, muchas parras con uvas [¿?] y muchas colmenas de miel muy buena en los árboles”, además de una laguna salobre por la que, como no había más agua para beber, “enfermaron muchos cristianos y se vieron en mucha necesidad” (cap. I, p. 10).

Es muy probable que, para la evocación de ese tramo, Oviedo recurriera a otro(s) testimonio(s) que no revela. Podría probarlo el he-



cho de que, antes de terminar ese capítulo indica que, en adelante (lo que tal vez no había hecho hasta entonces): “para que más puntualmente se diga el discurso de la historia de Hernando Cortés, quiero seguir en parte la relación de sus mismas cartas escritas a César”.

Cuando habla de las joyas que se vendían en los mercados de Tenochtitlan, Cortés escribe: “no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese y lo de las piedras que no baste juicio para comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto” (p. 242). Fernández de Oviedo lo copia primero de manera casi exacta, aunque matizándolo: “que ningún platero de Europa lo pudiera hacer mejor, y lo de las piedras era tal que no bastaba juicio a comprender con qué instrumentos se podía hacer tan perfecto” (cap. XI, p. 49). Sin embargo, acto seguido interviene personalmente, primero con una observación que en apariencia significa que no merece la pena desarrollar más este aspecto: “porque de muchas cosas de éstas se llevaron a España, que ellas mismas lo testificaron, excusado es gastar tiempo en relatar su forma y primor”. Luego, sin embargo, de manera totalmente contradictoria, como si no pudiera quedarse ajeno al discurso que está siguiendo, escribe: “Yo vi algunas piedras, jaspes, nieles, calcedonias, amatistas, jacintos, corniolas y plasmas de esmeraldas y otras de otras especies, labradas y otras hechas animales, y otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia quien las supiera hacer con tanta perfección”.

A este respecto, hay un pasaje muy revelador en el capítulo XLVIII. Cuando la relación de la Conquista está a punto de terminar (“porque de esta relación estamos cuasi al cabo” como escribe Oviedo, p. 237) parece que no quiere perder la oportunidad, la última pues para él, de encajar sus conocimientos y de compartirlos con el lector. Así, acto seguido y de manera un tanto desordenada y que sobre todo sin conexión con lo que se trataba en los párrafos precedentes, añade: “Supe que las minas de plata están en una provincia que se llama Solizo, en la cual asimismo hay muchas colmenas y abundancia de miel y cera de muchas maneras. En lo de la plata, digo que yo vi en Sevilla en la casa de la moneda a montones por el suelo, muchas barras y quintales de plata y barriles llenos de la llevada de Nueva España”.

Por si no bastara, a continuación hay otro párrafo sobre Michoacán, sus minas de oro y plata, su temple (“es tierra muy fría”) y su rey (“el señor de ella era señor de muchos tesoros y llamábase Cazonzi”) que precede una observación escueta sobre las numerosas iglesias y los muchos conventos de Nueva España antes de volver a la riqueza agrícola del país (“Hay tanto trigo y hácese muy bien que un solo labrador ha acaecido coger de cuatro fanegas que sembró seicentas...”).

Ese tipo de irrupciones del cronista en el texto cortesiano no se encuentra sólo en lo referente a las realidades naturales de la Nueva España. Para botón de muestra, sirva lo que escribe Oviedo a propósito de una de las técnicas guerreras utilizadas por el Conquistador, sus tres *ingenios* de madera (p. 272). Cortés explica muy bien de qué se trataba: unas cubiertas de tablas capaces cada una de proteger de las piedras tiradas desde las azoteas a unos veinte hombres armados (ballesteros, escopeteros y lanceros) o equipados de herramientas para “*boradar*” las casas y derribar las defensas enemigas.

El cronista sigue escrupulosamente a Cortés en la descripción y utilidad bélica de esos “ingenios” (cap. XIII, p. 62) pero da una precisión histórica y léxica: “Estos artificios suelen llamar los arquitectos testugines o tortugas, como largamente Vitruvio las describe y asimismo Flavio Vegecio en su tratado del *Arte militar*”. Y por si el lector no hubiera notado que esas líneas son de él, añade: “No sé yo si de tal ciencia Hernando Cortés tuviese noticia, pero su ingenio y habilidad era a más que eso bastante”.

### La teatralización del discurso cortesiano

Las intervenciones de Oviedo no se reducen a esas observaciones entre pedagógicas y (algunas) un tanto pedantes. En el capítulo X (p. 46), después de presentar el gran mercado de Tenochtitlan con su multitud de puestos y mercaderías, antes de pasar a describir los grandes templos y numerosos ídolos de la gran urbe, el cronista interrumpe bruscamente su relación. Lo hace, además, bien consciente del carácter tal vez inadecuado o inoportuno de su inciso, pues precisa: “Aunque es fuera de la relación e historia que toca a Cortés, diré aquí un caso notable y ridículo que en efecto pasó en

esta gran ciudad algunos años después que se conquistó”. Se trata de una anécdota que, por supuesto, no está en las *Cartas*, destinada a mostrar, a partir de un caso concreto ocurrido entre varios tenderos obsesionados por la perspectiva de ganancia, la “astucia y diligencia grande y aviso” de los mercaderes que allí estaban. Es de notar, además, que Fernández de Oviedo no despacha rápidamente su inciso sino que le dedica gran atención, con detalles y precisiones reveladoras del cuidado que le dedica como narrador.

Esta historieta con pinta de fábula, incluso con moraleja al final (“suele acaecer a muchos que se ocupan en las cosas que no entienden”), termina tan bruscamente como había surgido en el hilo narrativo de la *Historia general* y, después de que el cronista certifique su autenticidad (“Esto pasó en efecto como está dicho”), utilizando su fórmula habitual, vuelve a las *Cartas de relación*: “Tornemos a la historia y a las otras particularidades de la gran ciudad de Temistitán”.

Entre las intromisiones mayores de Oviedo en el texto cortesiano hay otra muy significativa y reveladora del papel que el cronista asume frente al testimonio del Conquistador. Cuando este estuvo en la provincia de Tascaltecal, se detuvo unos veinte días. Su situación allí era bastante difícil por la resistencia obstinada de los habitantes de las comarcas recorridas, las noticias no muy favorables que llegaban desde Veracruz y sobre todo por la notable baja de moral y el gran cansancio que se notaban entre sus soldados, exhaustos después de semanas de combates (pp. 289-291).

En un largo párrafo relativamente detallado, Cortés enumera las razones que tuvo para no atender los pedidos de sus hombres muy deseosos de regresar al puerto, y que al contrario le movieron a seguir adelante su jornada, a pesar de las muchas y grandes dificultades. En un momento de su carta, Cortés escribe: “les dije que yo no había de desamparar esta tierra” y da sus razones para actuar así aunque las apariencias fuesen contrarias.

En el momento de referir ese trance, Oviedo no se ciñe al relato del Conquistador. Lo transforma de manera radical poniendo en boca de Cortés un largo discurso (cap. XV, pp. 72-74) en el que éste, con el estilo oratorio altisonante de la época y basándose sobre los argumentos que Cortés en su *Carta* indica haber desarrollado, exalta

a sus hombres, los anima, les habla de la Fortuna, de la vergüenza que experimentarían si retrocediesen, les pide mantener su confianza en sus órdenes. Pero el Cronista va más allá. Pone en boca de Cortés alusiones a Jenofonte y Gedeón, a la Sagrada Escritura, y a Vegecio (del que Oviedo dice a propósito de las *tortugas* ya aludidas que no sabe si Cortés lo conocía).

Al cabo de ese discurso, el Cronista concluye: “habiendo acabado Cortés su exhortación, como buen capitán, todos los españoles quedaron muy satisfechos [...] Tornando a la historia...”

Ésta no es la única vez en que Oviedo transforma en discurso supuestamente reproducido la narración cortesiana. Más adelante, hace lo mismo. En la tercera carta, el Conquistador cuenta cómo el 26 de diciembre reunió a todos sus hombres en Tascaltecal (p. 316), los reorganizó en cuadrillas de caballería y en capitánías de infantería. Entonces Cortés escribe: “Y a todos juntos en el dicho alarde les hablé y dije que...”. La *Historia general* refiere el episodio (cap. XVII), pero una vez más, a sugerencia del propio Cortés, transforma el relato en arenga: “y uno por uno visitados, con mucho placer y con buenas palabras y gentil y alegre semblante, el capitán general les hizo un razonamiento de aquesta manera”. A continuación, Oviedo reconstituye en discurso directo el relato de Cortés, desarrollando, a partir de las indicaciones del texto de las *Cartas*, la exaltación del “esfuerzo natural y acostumbrado” de los soldados, la defensa de la “sagrada y santa fe católica contra gente bárbara”, el recuerdo de “muchos cristianos, deudos y amigos nuestros y de nuestra nación que en servicio de César en nuestra compañía sirviéndole militaban”, y en fin la necesidad de “poner en efecto esta santa guerra”.

De manera evidente, estos momentos teatralizados gustan a Fernández de Oviedo. Lo vemos en los dos discursos de Moctezuma que refiere Cortés en su carta. En el primero (cap. V, p. 210), la *Historia general* sigue de muy cerca el texto del Conquistador. Prácticamente lo transcribe con mínimas modificaciones estilísticas. En cambio, en cuanto al segundo (cap. IX, pp. 227-228), una comparación de ambas versiones muestra a las claras una voluntad de Oviedo si no de reescribir el texto cortesiano, por lo menos, sin tocar su contenido

y argumentación, de trabajarlo con el fin de hacerlo más solemne y expresivo, conforme con la oratoria entonces vigente en España.

Daremos a continuación algunos ejemplos: a “vuestros padres y abuelos” de Cortés se añade “y progenitores” sin duda para conformarse con el famoso ritmo ternario de la oratoria clásica. Posiblemente por el mismo motivo “de vuestros antecesores tendréis memoria” se convierte en “de vuestros padres y mayores tenéis aviso y relación y memoria”; “atraer a su servicio” viene a ser “atraer a su servicio por fuerza o de grado”. En el momento más importante del discurso, esto es cuando Moctezuma, según Cortés, reconoce su vasallaje a la corona de España, bajo la pluma de Gonzalo Fernández de Oviedo “obedezcáis a este gran rey pues él es vuestro natural señor y en su lugar tengáis a éste su capitán”, se expresa de manera mucho más grandilocuente y política: “obedezcáis a este gran rey de Castilla, pues él es vuestro natural señor, y después de sus días, a sus sucesores en su silla real perpetuamente y en su lugar tengáis a su capitán general”.

### Una historia heroica equiparada con los modelos de la Antigüedad

En otras oportunidades, las intervenciones de Oviedo son más directas y sobre todo más asumidas. Así, al iniciar su capítulo XX (p. 97), antes de contar la victoria de Cortés con los indios amigos en Xatolca y Tacuba, Fernández de Oviedo toma la palabra e, interrumpiendo el curso narrativo, habla de Cortés, comenta su comportamiento y su manera de mandar en la guerra, reflexiona sobre su estatura histórica y el sentido de su gesta. Escribe: “Sin duda alguna la habilidad y esfuerzo y prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los caballeros y gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimación y en los venideros nunca se desacuerden”.

A continuación, asumiendo en primera persona sus observaciones y comentarios (“Por causa suya me acuerdo muchas veces...”), Oviedo compara a Cortés con Viriato “nuestro español y extremeño” –esto es lo mismo que Cortés– y más aún con Julio César

(“por Hernando Cortés me ocurren al sentido las militares fatigas de aquel espejo de caballería Julio César”) cuyas victorias cuentan Suetonio, Plutarco “y otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos”.

El cronista incluso llega a afirmar y a demostrar que las hazañas de Cortés sobrepasaron las de sus ilustres antecesores, ya que no combatía como César en provincias “proveídas y de las mejores del mundo en compañía de sus propios y muchos romanos y naturales y gentes de razón” o como Viriato “dentro de España, en su patria”, sino con el peligro de “la contradicción de los aires y climas y regiones tan dificultosas a la salud de los que nuevamente las conocen, tan diferentes de las de España, en nuevo horizonte y debajo de estrellas no vistas”.

Después, cuando retoma el relato del curso de la campaña militar, las interferencias de Oviedo no cesan, él sigue muy presente “Estoy yo muy bien con un dicho de Flavio Vegecio... No dudo yo que Hernando Cortés ignorase a Vegecio y a Catón... más afirmo y creo que el ingenio de este capitán era tal en las cosas de la guerra...”, hasta que, finalmente, según acostumbra en tales circunstancias, indique que deja los comentarios para volver al testimonio cortesiano (“Pasemos a lo demás”).

De manera evidente, en tales pasajes Oviedo se desvía del mero relato de los hechos para construir un personaje, para transformar a un capitán de hueste en héroe famoso y equiparar así el recuerdo reciente de la conquista de la Nueva España con los episodios más sonados de la Antigüedad.

Esa voluntad de poner la historia de la Conquista de la Nueva España a la altura de la de los Antiguos lleva a veces al cronista a modificar de manera bastante notable el testimonio cortesiano. Cuando Cortés relata la batalla de Acapichila (cap. XXI, p. 101), Oviedo empieza siguiéndolo muy fielmente. Éste escribe: “todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo por más de una hora fue teñido en sangre” (p. 345).

La *Historia general* empieza casi de la misma manera: “Oí decir a personas de crédito que allí estuvieron que un río pequeño que cerca casi aquel pueblo”. Prácticamente no hay diferencia, sino que Oviedo hace que se autonomiza del relato cortesiano afirmando haber te-

nido sobre los hechos una fuente de información directa (“Oí decir a personas de crédito...”). Las *Cartas de relación* y la *Historia general*, sin embargo, van a discrepar en lo que sigue. Cortés, que quiere contar al rey y no impresionar a potenciales lectores, apunta después de manera escueta: “y [la sangre] les estorbó de beber por entonces, porque como hacía mucha calor tenían necesidad de ello”. En cambio, Oviedo, escudándose tal vez con las –supuestas– otras fuentes a las que alude y para poder tomarse libertades con el texto cortesiano, escribe: “y [la sangre] les estorbó de beber por entonces a los vencedores cristianos, porque como hacía mucha calor tenían necesidad del agua, y así todavía algunos de los nuestros bebían de ella, en especial los indios amigos, que para ellos era aquello un excelente brebaje”.

Fuera de que este detalle cambia de manera radical la atmósfera del cuadro, también le permite a Oviedo relacionar esa batalla con la que trabó Mario con los germanos y que Plutarco inmortalizó en un verso famoso que transcribe el cronista: “No bebió del río más agua que sangre”. Otro ejemplo del mismo tipo es un ‘detalle’ que Cortés señala sólo de paso cuando relata la segunda gran batalla que tuvo lugar en Tenochtitlan. Aludiendo a sus aliados de Tlaxcala y al esfuerzo de éstos frente a los demás indios, escribe: “ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro día, como de hecho lo hacían” (p. 385). Bajo la pluma de Oviedo, esta corta anotación del Conquistador de escasas dos líneas se convierte en un largo párrafo (cap. XXIV, p. 125) que se abre bajo la advocación de recuerdos famosos de la Antigüedad (“Escriben que teniendo Silla cercada a Atenas...”), advocación precisada un poco más tarde cuando Oviedo recuerda a Apiano. Pero lo que en esas ilustres fuentes no era más que una eventualidad (comer carne humana en última instancia para sobrevivir en caso de largo sitio), en el Cronista se convierte en el centro de una evocación mucho más precisa y con detalles: “Acá en esta conquista, no se hacía por necesidad el comer de la carne humana [...] mas así como mataban al hombre, ni le enterraban ni dejaban perder la carne, ni les negaban a los enemigos que así mataban, si en su poder quedaban, sus cuerpos propios por sepulturas y lo tenían por manjar que muy bien les sabe”.

Oviedo no se contenta con estos (para los españoles) espeluznantes detalles. Los comenta desde la perspectiva europea de sus lectores en función de cuyas reacciones y emociones escribe su versión de los hechos: “Ni podían ver los ojos de los cristianos y católicos más espantable y aborrecida cosa, que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer enemigos, y aun de los que mataban en las canoas o se ahogaban, y después el agua los echaba en la superficie de la laguna o en la costa, no los dejaban de pescar y aposentar en sus vientres”.

Las más veces, los añadidos o modificaciones de Oviedo se inscriben en el flujo narrativo de su obra que sigue el de las *Cartas* de Cortés, pero puede pasar al revés, esto es, que el cronista inserte la relación cortesiana de los hechos en una serie de reflexiones propias. Así, cuando Oviedo inicia la narración del asalto definitivo dado por Cortés para la reconquista de Tenochtitlan (cap. XLVIII) y recordando el sacrificio de más de cuatro mil muchachos entonces ordenado por Guatimozín, lo hace después de la evocación de Tito Livio cuando cuenta la guerra del cónsul Fabio contra los tarquinos que habían matado a trescientos siete caballeros romanos capturados (p. 242). En otro momento particularmente decisivo de la guerra de conquista, cuando Cortés y sus hombres consiguen reocupar la plaza mayor de Tenochtitlan después del desastre de la Noche Triste, el capítulo (XXIX) de Oviedo empieza por el recuerdo de una cita de Cicerón aludiendo al castigo de la conjura de Catilina y en la que exalta la memoria de los grandes momentos de la historia patria y la necesidad de tenerlos siempre presentes.

A partir de ahí, Oviedo establece con Cortés un paralelo en el que puntualiza, entre otras cosas, que por aquella victoria el Conquistador merecía lo mismo por lo realizado: “en servicio de su rey y corona y cetro real de Castilla, en ampliamiento de la honra de su patria y memoria de su propio linaje de los Corteses y en sublimación y ensalzamiento de su misma persona y ornamento de estas historias”. Con esto no termina la exaltación de Cortés. Oviedo escribe, respaldado por Salustio, Tito Livio, Aretino, Flavio Josefo, Vegecio y Plutarco, con citas o ejemplos famosos de ciudades sitiadas (Sagunto, Cartago). Sólo después de esos largos párrafos destinados a contextualizar, como diríamos hoy, lo que quiere significar, el Cronista con su pirueta acos-



tumbrada vuelve a su cometido, sólo que lo hace, excepcionalmente, aludiendo a lo que ha dicho antes: “Tornemos a nuestra labor e historia presente que no es inferior de ninguna de las que he tocado ni de todas las que se callan o se podrían decir que escritas están” (p. 142).

Esas disquisiciones de Oviedo sobre la Historia no se refieren todas a la de la Antigüedad. Cuando Cortés relata la embajada de ciertos mensajeros de Tazapan, Mascalcingo y Nautan (p. 348) indica que éstos “se venían a dar por vasallos de Vuestra Majestad [...] ni se habían alzado contra el servicio de Vuestra Majestad”. Ahora bien, sin que nada en el texto de Cortés lo deje prever, Oviedo, antes de repetir una vez más “Volvamos a la historia” introduce en su propia versión un largo párrafo en el que entra en bastantes detalles que no vienen al caso en su texto, pero le permiten asomarse personalmente a él. Explica que no hay que decir ‘Majestad’ sino ‘Majestades’, pues Castilla tenía también una reina, doña Juana “nuestra señora, madre del emperador rey, nuestro señor” cuyo ‘retiro’ en Tordesillas se presenta como un “ejemplo a todas las viudas y honestas personas, de maravillosa constancia y santidad” (cap. XXI, p. 103).

En otras oportunidades, Oviedo mezcla comparaciones con el pasado y testimonios contemporáneos. Después de narrar, siguiendo a Cortés, la toma de Tenochtitlan y la captura de Guatimozín, cita a Flavio Josefo en su *De bello judaico* (cap. XXX) cuando éste relata la destrucción de Jerusalén y sus 115 080 muertos (p. 151), pero también indica que, fuera de lo referido por Cortés, tuvo sobre esos sucesos informaciones directas: “Muchos hidalgos he visto de los que en esto de Temistitán se hallaron, a quienes oí decir que este número de los muertos más lo tienen por incontable...” y cita precisamente a uno de esos testigos: “supe del licenciado Alonso Zuazo [...] Este caballero me certificó que se había informado, y fue verdad, que...”

### Oviedo entre el testimonio de Cortés y las exigencias de la Historia

Conforme va avanzando su historia, Oviedo aparece cada vez más consciente de su propia labor, de que lo que escribe es, por supuesto,

de Cortés, pero también obra suya, dentro de los marcos que exige la Historia. Después de describir la victoria de Xoximilco, el Cronista hace una pausa en el curso de lo relatado y se pone a reflexionar sobre el sentido, alcance y límites de lo que en otro lugar llama su “labor”:

Bien me parece aquello de Diodoro Sículo que dice que si no hubiese escritores, poco durarían los hechos señalados, porque cualquier otro monumento es muy breve por los muchos accidentes que estorban, mas el valor de las letras, que por todas partes sueñan, hace que el tiempo, que todas las otras cosas destruye, sea custodia y protector precioso, bien que la elocuencia ayuda asaz, como virtud a ninguna inferior. (p. 108)

Después de analizar los caracteres y efectos de la elocuencia, de la poesía que “más se extiende a deleitar” y de “las otras artes” que “están mezcladas con el daño”, concluye: “Por lo cual la historia sola, con palabras iguales a los hechos trae consigo la verdadera utilidad, exaltando lo honesto y conculcando y hollando el vicio (o lo que no es loable y sí deshonesto)...”

Entonces, Oviedo aplica sus reflexiones y constataciones al trabajo que está desarrollando en su propia obra:

Todo esto es del autor alegado y traído muy a propósito y al de la materia de que trato, pero no con el intento de Diodoro en parte, porque yo escribo por mandado de mi príncipe y él por su pasatiempo; yo sin la abundancia de letras que Diodoro tenía y él con alto estilo y elegancia. Lo cual hubiera aquí menester el valeroso y estrenuo y excelente capitán Hernando Cortés, de quien la pluma mía conoce que sobra la materia y que la lengua ni mi estilo no pueden tan adelante llegar que le den el colmo que su loor y obras merecen para la inmortalidad de su fama, pero irá arrimada a la simplicidad y forma de hablar que deben concurrir en la verdadera historia. Y llamo simplicidad a lo que el gramático atribuye a tal verbo, que es decir sencillamente, sin lagotería ni lisonjas, lo que hace al caso. Tornando a la historia...

Oviedo trabaja con la conciencia de ser historiador, incluso un “buen historiador”, según afirma en el capítulo XXXII (“Aquí quiero yo, como buen historiador, para ser mejor entendido, pedir al lector que se acuerde de dos cosas...”, p. 157). Algunos capítulos antes (cap. XXI, p. 108) inclusive había deslindado los méritos y fines respectivamente de la poesía (“la poesía más se extiende a deleitar que a lo útil”), de las leyes y estatutos (“más al punir que al enseñar”) y de las “otras artes” de las que “hay algunas que, en cambio de la verdad, enseñan a mentir” concluyendo:

La historia sola, con palabras iguales a los hechos, trae consigo la verdadera utilidad, exaltando lo honesto y conculcando y hollando el vicio (o lo que no es loable y sí deshonesto); y finalmente por la experiencia que la historia pone de los tiempos pasados, venimos a perfecto vivir. Nosotros, pues, considerada la alabanza que los escritores antiguos consiguen, hemos asumido (o tomado a cargo) esta obra.

Después de esta afirmación central de su quehacer, más adelante, el cronista llegará a precisar mejor su manera de escribir la Historia. En el capítulo XLIV (p. 213) de título significativo y en el que aporta informaciones que no están en las *Cartas de relación*, define su quehacer y la línea redaccional que se ha dado por norma a lo largo de toda su relación de la conquista de la Nueva España:

Deseo mucho que esta historia, demás de ser verdadera, sea asimismo recolegida y entendida su traza y orden sucesivamente. También deseo que sea apacible y grata a los que la vieren y sobre todo que resulten de ella infinitos loores de Dios que tantas novedades nos enseña y descubre en nuestros tiempos.

Ya anteriormente, después de establecer paralelos entre la Antigüedad (Vegecio, Tito Livio) y la actualidad de España empeñada en la conquista de América, había insistido en que su obra tenía un objetivo, un propósito:

Pasemos a nuestra historia, que hay tanto que decir y escribir en ella que no es menester que nos detengamos en estos ornamentos que de otras

historias se mezclan aquí, no para otro efecto sino para dar a entender lo que conviene al propósito de lo que se trata. (cap. XXXV, p. 171)

En varias oportunidades, Oviedo insiste sobre su fidelidad al texto cortesiano. En el capítulo XLI, en un momento en que cede la palabra a Cortés citándolo textualmente, escribe: “porque es de manera que no se deben mezclar mis palabras ni otras en ello, ni quiero que en ningún tiempo él ni otro pueda decir que quité o añadí palabra ni letra, ni quiero voto ni parecer en lo que en este caso dijo, pues no soy juez para ello” (p. 192).

Más adelante (cap. XLVII y XLVIII), cuando narra la toma de Temistitán y la muerte de Moctezuma, según recuerda en el título del capítulo, no las relata sólo siguiendo el testimonio del Conquistador sino que:

Hace mención de algunas cosas que se han dicho en las relaciones de Cortés, pero de otra manera. Y también dice otras muchas cosas que no se han memorado en la historia, ni Cortés habló de ellas. Así que [...] se acabará esta relación que el cronista acumuló y entendió de personas fidedignas que se hallaron presentes en esta conquista.

Y al terminar puntualiza: “Y con esto se concluye y da fin a esta relación que en la verdad si los que me informaron no tuvieron pasión en lo que está dicho, a lo menos por mi parte está fielmente escrita y a la llana y con las mismas palabras asaz de las que fui informado en lo que es dicho” (p. 237).

Esto de la ‘pasión’ parece ser lo más grave que le pueda suceder a un historiador. En el largo capítulo XLI en que Oviedo habla de las rivalidades y luchas de clanes surgidas en las islas del Caribe, aludiendo al testimonio Cortés, Oviedo escribe: “No es razón que tan absolutamente se disimule lo dicho, no se apruebe callando lo que hay en contrario, pues que tan engañado estaba en este caso Hernando Cortés...” (p. 194). Después, y es la única vez en que lo hace, se opone con fuerza, por no decir violentamente, al testimonio cortesiano: “No sé yo cómo puede decir Hernando Cortés que... Ni sé dónde tenía la memoria cuando tal dijo... Y debiera acordarse

siquiera... Mejor acertara si él dijera... Mejor acertara Hernando Cortés en decir que...". Para explicar, pero no disculpar, tal versión, el cronista no ve más que un motivo: "Bien parece en esto la pasión que tenía [Cortés] por haberle vedado aquellas cosas que dice y él quiere culpar a los que esta isla gobernaban".

A veces, las observaciones del cronista van mucho más allá. Así, en el capítulo X, cuando habla de los encuentros entre Moctezuma y Cortés, y de la manera cómo éste trató la religión indígena, escribe:

Para mí, yo tengo por maravilla, y grande, la mucha paciencia de Montezuma y de los indios principales que así vieron trata sus templos e ídolos... Recia cosa me parece comportarla con tanta quietud; pero como en adelante dirá la historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba culto en los indios generalmente. (p 48)

En esta cita, como en la precedente, hay un verbo importante: "recia cosa paréceme...". Revela el esfuerzo de entendimiento de Oviedo frente al testimonio cortesiano, pero también el juicio al que, de hecho, lo somete. Este verbo 'parecer' surge con gran frecuencia bajo la pluma del cronista, como prueba del constante criterio al que somete el texto del Conquistador (por ejemplo, en los primeros capítulos pp. 29, 59, 66, 67, 72). Incluso, a veces, Oviedo involucra al lector para colocarlo en la misma posición. Así en el capítulo XXXII (p. 159) cuando habla de los problemas de Cortés con el veedor Tapia, escribe: "a mi parecer, por cualquier manera que se menease la vuelta del veedor..." y empieza los dos párrafos siguientes por "¿Paréceos, lector, que para la satisfacción y paga y gratificación...? ¿Paréceos que fue gentil cosa...?". Más adelante aludiendo a un encuentro de Cortés con Moctezuma, precisa "No le parezca al que lee que es contradecirse lo uno de lo otro..." (p. 224).

"Distinguir lo que estuviere dudoso  
o desviado del camino derecho"

Al final de su relato de la conquista de la Nueva España, con base en las *Cartas* de Cortés, Oviedo añadió algunos capítulos (XLVII-LVI)

en los que utilizaba, citándolos y a veces copiándolos, a otros contemporáneos. Incluso, al comienzo del capítulo XLVII reconoce que para la materia relatada desde el capítulo XLIV “en las relaciones hechas por el gobernador Hernando Cortés quedan más ordenadamente expresadas muchas cosas” que ha utilizado, pero que, él como Cronista “hace mención de algunas cosas que se han dicho en las relaciones de Cortés pero de otra manera, y también dice otras muchas que no se han memorado en la historia ni Cortés habló en ellas”.

Con esos informes, procedentes como él insiste varias veces de “personas fidedignas que estuvieron presentes en esta conquista... de personas que merecen ser creídas y en todo se hallaron”, Oviedo adoptó la misma actitud que con el testimonio cortesiano: “tom[ó] y examin[ó] lo que conviene a la materia”, asumiendo además el problema de la diversidad de pareceres pues “como son de diversos juicios y condiciones así miran y entienden las cosas diferenciadamente” (pp. 223-224). Sobre todo, como indica un poco más adelante, espera que estén desprovistos de pasión y promete que él los utilizó con la misma fidelidad que manifestó con el Conquistador: “Si los que me informaron no tuvieron pasión en lo que está dicho, a lo menos por mi parte está fielmente escrita, y a la llana y con menos palabras asaz de las que fui informado en lo que es dicho” (p. 237).

Oviedo presenta esas nuevas fuentes de información como perspectivas diferentes y añadidos necesarios a la verdad, haciendo hincapié, de paso, en que han sido obtenidos gracias a su “diligencia” (cap. XLV, p. 213). Más tarde, en varias oportunidades había de insistir en lo mismo. Así cuando echa mano de la relación de F. Diego de Loaysa, escribe: “Yo he procurado por muchas vías de entender aquellas diferencias que en la Nueva España se trataron entre los oficiales que el emperador nuestro señor allí tenía” (cap. XLIX, p. 237). En el título de su capítulo LIV (p. 257) estipula: “Y cuéntanse otras cosas del jaez de estas materias, así enmendando algunas cosas hasta aquí apuntadas, como declarando y perfeccionando otras de que hay necesidad que los lectores sean advertidos”. Precisa más adelante en el capítulo siguiente:

Lo que no ve el historiador, forzado es que escriba por diversas informaciones, y en lo que toca a esta materia de la Nueva España yo he

dicho lo que supe de personas que son calificadas y de crédito y también no he dejado de decir lo que el mismo marqués don Hernando Cortés y sus cartas y relaciones dirigidas al emperador (p. 264).

Esta insistencia del cronista sobre el sentido, alcance y valor de su obra es pues un elemento esencial de los capítulos finales de la parte de su *Historia* dedicada a la conquista de la Nueva España. Muy consciente de las reglas de su época relativas al quehacer histórico y de las dificultades de su oficio, sin duda también de las especificidades de los acontecimientos y sucesos que cuenta, Oviedo de alguna manera no quiere cerrar esa parte de su obra sin una reflexión que a la vez pondere su cuidado, su esfuerzo, sus aportes, pero también los escollos a los que tuvo que sobreponerse.

Estas consideraciones constituyen lo esencial de uno de sus capítulos finales (cap. LIV), aquel en que desarrolla más sus planteamientos al respecto. Lo hace de una manera ambigua, y casi se puede decir algo contradictoria. Por una parte, confía en la ayuda de Dios:

En verdad parece que Nuestro Señor permite que mis ojos no se cierran y que alcancen más claridad en la historia que entre manos tengo, pues se me vienen a ellas avisos e inteligencias para pulir y perfeccionar algunos pasos notables que atrás quedan escritos según fui informado y que hasta aquí no eran bien entendidos en parte por haber sido no perfectos ni atentos considerantes los que me dieron noticias de ellos.

Por otra parte, protestando de su honradez intelectual afirma:

Y yo, continuando la historia, los puse [los avisos] en este volumen con buena fe, creyendo que decían lo cierto, y aun así lo afirmaban aquellos, pero como el entendimiento de los hombres sea mucho mejor en unos que en otros, no es de maravillar que discrepen en sus dichos y aun en sus hechos, en especial en cosas semejantes en que el intento y afición e interés particular causa esas diversidades en la información que algunos me han dado en lo que no he visto.

Por esas razones, finalmente, asigna a su juicio y a su obra un alcance real, pero relativamente modesto:

Y como sólo Dios es el que sabe y puede entender a todos, yo como hombre podría ser engañado o no tan al propio informado como conviene; pero oyendo a muchos, voy conociendo en parte algunos errores y así voy e iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estuviere dudoso o desviado del camino derecho (pp. 258-259).

Si Oviedo insiste tanto en esos aspectos de su obra, es que efectivamente trata en estos últimos capítulos de cuestiones y problemas que no sólo no habían sido evocados por Cortés en sus *Cartas* (“otras muchas [cosas] que no se han memorado en la historia, ni Cortés habló en ellas”, p. 223), pero sobre todo no dejaban de dar materia a controversias por la importancia de sus consecuencias en el devenir de la joven Nueva España colonial.

Así se pueden citar: las condiciones de la muerte de Moctezuma, acontecimiento a propósito del que Oviedo se inclina más bien a la versión dada por Cortés (“En esta relación se cuenta muy diferenciadamente de cómo atrás está dicho en la relación de Cortés [...] Y yo tengo por más cierto que su fin fue como Cortés lo escribió”, p. 230); el desembarco de Pánfilo de Narváez a iniciativa del gobernador Velázquez; la expedición de las Hibueras y la muerte de Cristóbal de Olid; el anuncio en México de la muerte de Cortés y la ocasión aprovechada por el factor Gonzalo de Salazar para hacerse pregonar gobernador y capitán general en su lugar; la reforma de la Real Audiencia por Sebastián Ramírez de Fuenleal y la libertad que dio a los indios “a causa de lo cual los conquistadores dejaban la tierra y se iban a buscar las vidas” (p. 236); la campaña contra Cortés que desató el factor Gonzalo de Salazar que “decía que era tirano traidor Cortés y todos los que le siguiesen” (p. 239); “la discordia de ciertos capitanes” en la conquista de la Nueva Galicia y, para terminar, lo que el Cronista en una carta al Virrey D. Antonio de Mendoza (cap. LIII, p. 255) llama genérica y escuetamente “los desórdenes que en estas Indias ha habido”.

Sobre todos estos puntos, los más de interés trascendente para la joven Nueva España, es de notar que si Oviedo, con honradez,



no los omite y los evoca, sin duda por la dificultad de deslindar a ese respecto responsabilidades, pero también por prudencia, lo hace con una notable economía de palabras y un gran cuidado en no tomar partido o juzgar a unos y otros, quedando así a medio camino en su trabajo de historiador.

\*\*\*

Anunciados en un comienzo por el mismo Oviedo como una sencilla reproducción de las *Cartas* de Cortés, los capítulos que dedica el Cronista a la conquista de la Nueva España se revelan finalmente como una realidad mucho más elaborada y compleja de lo que, con un modestia tal vez fingida, afirma éste.

A la vez con una rica y variada experiencia americana, ya autor de una obra ingente tanto en lo histórico como en lo natural sobre el Nuevo Mundo, Oviedo no se contentó con el mero trabajo de copiar o resumir la materia contenida en los testimonios cortesianos. Rápidamente se evidencia que él no quiso estar ausente de lo que contaba, que si bien su trabajo partía de lo que había dejado otro autor, el Conquistador, él quería hacer una obra que fuera suya, en la que se marcasen a la vez su personalidad, respaldada por un conocimiento íntimo de la realidad indiana, los criterios del trabajo histórico que él seguía y la conciencia que tenía de los problemas de la América de su tiempo, unida a la prudencia que, como hombre no ajeno a la política de su tiempo, manejaba en materias entonces tan sensibles y controversiales.

Si trabajó en volver 'heroica' a la figura de Cortés y en equiparar la conquista de la Nueva España con los momentos más memorables de la Antigüedad, referentes obligados de la cultura de la época, esto llevaba a Oviedo, de alguna manera, a tratar de emparentarse con los grandes autores que habían dejado constancia de los momentos más recordados de la historia romana. Por muchas protestaciones de modestia que repitiese, Oviedo era bien consciente del trabajo de elaboración y reelaboración al que sometía el recuerdo de los hechos y de los hombres, pero también de la propia obra que finalmente venía a ser su contribución a la conquista de la Nueva España.

## Bibliografía

- Baraibar, Álvaro, “Hernán Cortés en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 40, 2014, pp. 139-154.
- Carrillo Castillo, Jesús María, *Naturaleza e imperio, la representación del mundo natural en la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Fundación Carolina-Doce Calles, 2004.
- Coello de la Rosa, Alexandre, *La escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2012.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Ángel Delgado Gómez ed., Madrid, Clásicos Castalia, 1993.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, ed. Atlas, BAE, n° 117, 1959.
- Kohut, Karl, “Fernández de Oviedo historiador y literato: humanismo, cristianismo e hidalguía” en *Historia y ficción: crónicas de América*, Ysla Campbell (coord.), Ciudad Juárez, UAM, 1992, pp. 43-104.
- Kohut, Karl, “Fernández de Oviedo: historiografía e ideología”, *Boletín de la Real Academia Española*, 73, 1993, pp. 367-382.
- Lavallé, Bernard, “El taller del escritor: las *Cartas de relación* de Cortés del informe a la literatura”, *XXVII Coloquio Cervantino Internacional, Antecedentes cortesianos en Cervantes*, Guanajuato, Fundación Cervantina de México, 2017, pp. 321-350.
- Myers, Kathleen, “History, truth and dialogue: Fernández de Oviedo’s *Historia general y natural de las Indias*, bk XXXIII, ch LIV”, *Hispania* 73, pp. 616-625.